

**Junio 18/2004**

## **ESTADOS DÉBILES, FALLIDOS Y COLAPSADOS**

**Por Agustín Saavedra Weise**

Ha levantado polvareda un reciente informe presentado en Washington la semana pasada por el Centro para el Desarrollo Global (CDG), uno de los tantos institutos de investigación ("think tanks") que existen en los Estados Unidos. El documento se refiere a las amenazas para la seguridad norteamericana y mundial que pueden surgir desde algunos estados débiles, nuestra Bolivia en primer lugar, seguida de Indonesia, Nigeria y Kenya... Asimismo, la comisión que elaboró el trabajo propone medidas para superar esta situación no solamente mediante ayudas específicas, sino también con la creación de una agencia estadounidense a nivel ministerial que se haga cargo de prevenir situaciones y de evitar que los estados en la franja de "peligro" se transformen en plataformas para el terrorismo u otras acciones ilícitas. El enfoque es realmente interesante y novedoso ya que abre una nueva oportunidad, diferente de la rigidez actual de los esquemas de cooperación para el desarrollo típicos del Banco Mundial y otros organismos similares. Este informe seguramente seguirá siendo objeto de comentarios en las próximas semanas.

El tema de los llamados "estados débiles" no es nuevo. Ya Samuel Huntington se refirió a esta problemática en su obra "Orden Político y Sociedades en Cambio (1968). La Ciencia Política se ha venido ocupando de asuntos inter-estatales por décadas, acuñando inclusive ingeniosas frases tales como "estados parias" y "estados bandidos", agregando ahora las nociones de estados fuertes, débiles, colapsados y ex estados, cuando la comunidad política directamente desapareció por absorción (caso Alemania Oriental) o por fragmentación (Unión Soviética, Yugoslavia y otros).

Karl Deutsch clasificó –hace más de treinta años– a las organizaciones políticas en sistemas autodestructivos, sistemas no viables, sistemas viables y sistemas que se autodesarrollan y automejoran. Sobre estos temas, yo mismo publiqué muchas notas, alusivas sobre todo a la rigidez de nuestro país para adaptarse a los cambios y provocar condiciones para progresar.

Sistemas políticos abiertos, autoadaptativos, flexibles y con capacidad renovadora, siempre han de tener mucho más chance para salir adelante y sostenerse, que aquellos que no lo son. A ello cabe agregar los grados de legitimidad, factor fundamental para la

fortaleza (o debilidad) de un sistema político. Al respecto, recientemente comenté la actual fragilidad boliviana en materia de legitimidad horizontal y legitimidad vertical, como también la necesidad de superar tal situación. Y justamente el informe de la CDG señala tres brechas ("gaps") determinantes de un estado débil. Ellas son: seguridad, legitimidad y la de incapacidad de satisfacer demandas mínimas. Lastimosamente, Bolivia "cumple" con las tres brechas; ha sido y sigue siendo un estado débil, con los peligros que ello acarrea.

Todo el mundo habla de "cambios" en Bolivia, pero a la hora de la verdad, a la hora de los cambios profundos, se nota una alarmante inflexibilidad. Sin ir muy lejos, nadie hasta ahora –en el seno de la élite política– ha planteado el traslado permanente de la sede de gobierno como primer paso para una veraz reestructuración del país y para curar de raíz la "altofobia" que sacude a los gobernantes –encerrados en una ciudad, La Paz, muy fácil de sitiar– cada vez que en el Alto se produce alguna manifestación. De la misma manera y en otros contextos, se observa una rigidez muy preocupante y que debe ser superada para que Bolivia no siga deslizándose por la pendiente de los estados débiles hacia profundidades más oscuras aún.

Hay muchos elementos positivos y un buen futuro para Bolivia, pero las cosas deben hacerse bien y pronto, para borrarlos de las listas de países débiles, camino a ser fallidos y/o colapsados. Es el turno de los bolivianos. Es desde aquí, no desde afuera, de donde saldrá la solución o vendrá el desastre.

-----00000-----